

0589. Las flores del corazón

El apóstol San Pablo nos dice, hablando al principio de su carta a los de Éfeso, que Dios nos eligió para ser en su presencia *santos, inmaculados, amantes*. Y así nos sacó de la pila bautismal, después que quedaran en ella sepultadas todas las manchas de pecado.

Entonces, la vida del cristiano se parece a esas flores que hemos escogido siempre como el emblema de la pureza y del amor.

Esa vida nuestra es igual —tendría que ser igual— a la vida de María, modelo acabado de la pureza sin par y del amor más ardiente.

Cuando queremos comparar a la Virgen María con lo más bello y apropiado que encontramos en la naturaleza, siempre escogemos la flor. Las flores parece que están hechas, sobre todo, para adornar los altares de la Virgen y para inspirar nuestros cantos más ardientes, como esos tan conocidos y tantas veces entonados por nuestros labios:

Flor de las flores, María...

Venid y vamos todos con flores a María...

Reina de nuestras almas, Flor de las flores...

¿Cuántas veces no han salido de nuestros labios expresiones como éstas?

Comparar la mujer con una flor es la imagen más poética usada en todas las lenguas. Y entre nosotros, cristianos, decir que María es la flor más bella, y que a Ella le entregamos también las flores más galanas y perfumadas del corazón, es hacerse eco de lo que la Iglesia canta en todas las latitudes de la Tierra...

Hoy vamos a mirar la flor, y con la flor a María, como el *símbolo* de nuestro amor y de nuestra limpieza cristiana. Queremos mirar nuestro amor y nuestra pureza a través del prisma de la flor y de María, para que María sea también el

modelo acabado de lo más sagrado que tenemos, como es el amor puro del corazón.

Porque todos hacemos de nuestro amor la ofrenda más valiosa de nuestra existencia: lo mismo a Dios que a los hombres, ya que nunca les podremos ofrecer algo de más estima. Al dar el amor, lo hemos dado todo. Si nos reservamos el amor, no hemos dado nada. Y ese amor debe ser fresco y puro como la flor.

El amor del corazón, simbolizado siempre en una flor, ¿a quién se lo dedicamos y cómo se lo dedicamos? ¿Lo hacemos con la limpieza con que ponemos una flor ante la imagen de María?...

Hay casas de modas que lanzan concursos para escoger al hombre o a la mujer mejor vestidos del año.

Jesucristo se adelantó a esos concursos modernos y lanzó un desafío: a ver si presentamos un personaje ilustre que vaya mejor vestido que una flor... (Mateo 6,28)

Ver una flor, y no ver en ella el dedo de Dios que la ha tejido, es estar ciego.

Oler una flor, y no pregonar las embriagueces del paraíso, es tener embotada el alma.

Contemplar una flor roja, y no adivinar encendido el fuego del amor..., o mirar una flor blanca y no ver el retrato de la inocencia..., es, sencillamente, estar privado en absoluto de gusto estético y no tener ninguna sensibilidad espiritual.

A una flor la tratamos con tanto respeto que casi no nos atrevemos a tocarla ni con manos limpias, y no la cortamos sino para lucirla en la solapa u ofrendarla con cariño a la persona más querida.

La flor ha sido siempre el símbolo del corazón.

Por eso soñamos —demasiado poéticamente— que sería bien bello sembrar de flores el mundo entero.

Pero, de esas flores símbolo, que llenan nuestros jardines y esmaltan nuestros campos, sabemos pasar a las realidades que ellas representan.

Un clavel rojo o una rosa encendida simbolizan el amor limpio y puro; por eso no podrán ser nunca la encarnación de tantos amores que hoy falsifican el amor verdadero y sagrado.

El lirio o la azucena son expresión de la inocencia y de la pureza; y, por eso, habrá quienes no se atrevan a tomar una azucena o un lirio para expresar su modo de caminar por la vida, porque el mirar esas flores blancas sería un grito de remordimientos...

Cultivar las flores es señal de distinción espiritual, y es hacer gala de delicadeza, caballerosidad, gentileza y elegancia ante las mejores formas sociales...

Al ofrecer una flor, siempre cabría decirse: ¿ofreceremos a la persona amada la flor entera, sin haber deshojado ningún pétalo, para probarle que nuestro corazón es totalmente suyo?...

Y mirando al Cielo, si adornamos los altares con flores, ¿fijará Dios complacido en ellas sus ojos, y aspirará con avidez su aroma embriagador, porque ve que son signos de la belleza de su gracia en nuestras almas?...

El que sabe que su corazón es una flor, ¿cómo la guarda? ¿para quién la reserva? ¿a quién la da?. El que tiene amor, sabe brindarla —tanto que sea a Dios como a la persona querida— con todos los pétalos enteros y completamente intacta...

María, a la que cantamos como la *Flor de las flores* y a la que ofrecemos las flores más escogidas de nuestro jardín, ha inspirado hoy nuestra reflexión. María se lleva nuestras flores más selectas. Y al recibirlas, parece que nos va diciendo a cada uno de sus hijas e hijos: *¡Gracias! ¡Y si tú fueras como un lirio o una azucena, si tú fueras como una rosa o un clavel!...*